

LA MEMORIA TRAUMATIZADA COMO DISPOSITIVO
FOTOGRAFICO EN LA FICCIÓN: APUNTES SOBRE *CUANDO TU
CUERPO DEJÓ DE SER MI CASA* (2022) DE EMMA SEPÚLVEDA

Paula Libuy P.
Facultad de Letras
Pontificia Universidad Católica de Chile
pmlibuy@uc.cl

LAS DOS HISTORIAS FOTOGRAFIADAS POR LA MEMORIA DE ILSE

El escritor y académico argentino Ricardo Piglia en el capítulo “Tesis sobre el cuento” de su libro *Formas breves* (2000), sostiene –en palabras simples– que una narración bien contada contendría en ella dos historias donde los puntos de cruce son los fundamentos de la construcción literaria (106). La creación de las memorias de Ilse en Colonia Dignidad, núcleo de la novela *Cuando mi cuerpo dejó de ser tu casa* (2022) escrita por la chilena radicada en EE. UU., Emma Sepúlveda, narra dos historias donde se cruzan experiencias subjetivas y colectivas. La obra no solo relata el tortuoso camino hasta cuando la protagonista dejó de ser abusada por sus captores –de ahí el título de la obra–, sino que también relata el momento en que Chile dejó de ser el territorio donde estos personajes sectarios buscaban ampliar “el poderoso e invencible imperio alemán dentro de un pequeño y humilde país de mierda” (Sepúlveda 86).

El primer *clic* que realiza la memoria de Ilse, tal como lo haría la cámara fotográfica que le regaló su tío en Alemania, captura sus propias vivencias de niña-joven-mujer en la colonia dirigida por Paul Schäfer, el llamado “tío permanente”. Ilse “necesitaba continuar [el] camino que [sus] padres habían elegido para [ella]” (116), lo que implicó ser enviada a Chile a inicios de los años sesenta, a sus diez años cuando “[l]e alegraba pensar que [seguían] al *nuevo* Jesucristo que había encontrado [su] padre” (18). Pero al poco tiempo, Ilse se convierte en un cuerpo testigo, víctima de todos los tipos de violencias que se ejercieron al interior de Colonia Dignidad. El segundo *clic* de la memoria de Ilse es el crimen organizado entre los jefes de Colonia Dignidad y las autoridades nacionales, una historia de mucho interés para Chile.

Estas dos líneas argumentativas que se amalgaman en la memoria y la voz de Ilse configuran un realismo documental matizante que permite al público lector

empatizar con ella y repudiar a los líderes de su comunidad. Una novela como esta es necesaria porque a cincuenta años del Golpe de Estado aún no existe justicia en demasiados sentidos. Elegir contar estas historias a través de la ficción, es entregarse a la posibilidad de pensar el pasado reciente de Chile desde aspectos individuales, pero también colectivos; es poder dar sentido a historias que se corresponden entre sí; es desarrollar un *continuum* entre el testimonio de la protagonista y un Chile que ojalá nunca hubiera existido.

La autora opta por una novela porque el relato literario “es un discurso de alto impacto, un discurso tensionado por el conflicto y la fusión de dimensiones estéticas e ideológicas” que “afecta de un modo especial, por su densidad formal y semántica” (Sarlo 7). Así, esta ficción testimonial permite precisamente recordar, al interior del relato, lo vivido por la protagonista –y mostrar todo un entramado sistémico tanto alemán como chileno de violencia.

El artificio permite entonces que coexista una voz que visibiliza su condición diaria de tortura y el odio de las cúspides de esta secta por las mismas personas que integraban la comunidad alemana en general, especialmente las mujeres; con otra voz que muestra cómo este lugar de apariencias idílicas fue escenario de torturas, asesinatos y desapariciones durante la dictadura de Pinochet. Estas historias, la tragedia de la protagonista Ilse y la tragedia nacional, se entrecruzan y se narran simultáneamente. Son escenas capturadas por la memoria-cámara de una narradora-personaje que, aunque a ratos pierde la esperanza, nunca lo hace totalmente y la recupera ante la más mínima posibilidad de libertad que se le presenta.

LA TRAGEDIA DE ILSE

Esta novela testimonial, que remite al pasado reciente, en algunos puntos se encuentra con la ciencia ficción y el futuro imaginado por la autora canadiense Margaret Atwood en la obra *Los cuentos de la criada* publicada en 1985. Probablemente Atwood nunca se enteró que, al sur del continente, había llegado un conglomerado alemán dirigido por un par de nacionalistas extremos que buscaban iniciar una sociedad ultraconservadora desde sus cimientos, la que implicaba la disolución entre los parentescos familiares y el sometimiento total de sus integrantes, por sobre todo de las mujeres.

La mayoría de los productos culturales que hasta ahora han construido una Colonia Dignidad discursiva “habían ahondado más que nada en las dimensiones políticas del poder de Paul Schäfer y en los abusos pederastas sobre todo a niños, los llamados *Sprinters*. Pocas obras habían abordado la misoginia que imperaba dentro del enclave” (Franken 370). Las opresiones hacia las mujeres de la secta por parte de los jerarcas y otros hombres es algo en lo que esta obra se centra, precisamente porque Ilse, narradora y protagonista, es una mujer. Desde muy joven tuvo que adaptarse al

lugar que estas tenían en la Colonia, por lo que era controlada en todo sentido, incluso corporalmente:

El vestuario diario era del mismo género y el mismo color para todas. Como cualquier otro uniforme, ese detalle nos hacía iguales a todas. Era muy importante también esconder la prominencia de los senos porque el tío los odiaba. Por esa razón nos hacían aplastar todo el volumen del pecho hasta hacerlo desaparecer. Yo no recuerdo jamás haber sentido que me crecían los senos porque me los tenía que apretar de tal manera que se escapaban del pecho y se unió a las costillas. Al final creo que los perdí y mi cuerpo se transformó en una masa rectangular de carne y hueso (Sepúlveda 44).

Esta misoginia no se detiene en el control y el desprecio por el cuerpo de las mujeres, pues la memoria de Ilse fotografía las vejaciones a las que fueron sometidas cotidianamente. Ilse indica que “[m]uchas eran violadas continuamente mientras trabajaban en los turnos de noche y después de abusar de ellas, los hombres les repetían uno de los lemas de la Comunidad, SILENCIO ES FORTALEZA” (122). Repetir el mantra del silencio era fundamental para seguir “manteniendo los secretos de sus actos como verdaderos sacrificios en espera del pago final de la vida eterna” (122). Así, “obligaban a las mujeres a masturbarlos escondidos detrás de los árboles”, trabajo que era preferido “porque no [...] producía dolor físico, solo un asco abominable [...] Dios nos había creado para servir al hombre, [...] pero siempre evitando quedar embarazadas” (122). Este punto es importante porque las mujeres alemanas que quedaban embarazadas eran obligadas a abortar y posteriormente recibían un tratamiento que les impediría tener hijos para siempre (112).

Incluso hubo algunas colonas como la amiga de Ilse, Ute, que terminaron siendo asesinadas a golpes por los jercas y miembros de la comunidad (69). Pero Ilse no solo vivió el terror generado por el odio hacia las mujeres al ver a sus amigas morir; ella misma estuvo a punto de morir y su memoria recuerda la risa de Schäfer y su perfil dibujado en la sangre desparramada sobre el piso color marfil (62). Esto, ya que antes de que Ilse tuviera que utilizar su propia memoria como dispositivo de retención de imágenes violentas de Colonia Dignidad, una de las tías la encontró escribiendo un diario y con la cámara que había conservado desde Alemania. A pesar de las consecuencias la voz narradora reflexiona e indica que “no podían impedir que creara [su] propio diario de vida en la memoria y por esa razón, en la noche [s]e hablaba, pero sin abrir la boca” (Sepúlveda 25).

Aunque la violencia hacia las mujeres no se compara con ninguna otra al interior de la secta, eso no significa que Ilse no retuviera en su memoria el sufrimiento de todos los otros habitantes de la Colonia. Las consecuencias de existir en el supuesto paraíso alemán fueron muy altas: solo bajo el control de Schäfer “estaba la información sobre quién era hijo de quién y de él dependíamos para saber quiénes éramos y qué edad

teníamos” (Sepúlveda 75). El “tío permanente” desintegró los lazos familiares para configurarlos a su conveniencia, lo que se relacionaba directamente con su perversión sexual por niños y adolescentes.

LA TRAGEDIA DE CHILE

Pero Schäfer no solo atormentó a los miembros de su enclave y a los niños chilenos de los que abusaba, que ya eran hechos gravísimos. Desde que Ilse inicia su relato enfocado en su propia experiencia y en la de sus compatriotas, se asoman fragmentos que describen el funcionamiento de una red de protección de la secta alemana, la que se sustentaba en un proceso de violencia nacional que fue transversal en Chile. Ilse indica que tuvieron “todo el apoyo aduanero, migratorio y político para entrar a Chile sin problema alguno. Y no solo ingresar, sino que también [para quedarse] en el país para siempre” (14). En ningún momento fue cuestionada la llegada o la existencia de la Colonia por parte de las autoridades chilenas. Es más “el Gobierno de Chile también había ayudado a equipar el hospital, al parecer gracias a la ayuda de los embajadores de Chile y Alemania” (64) Alessandri Rodríguez se interesó por este proyecto, especialmente por el recinto hospitalario porque se pensaba que los alemanes tenían “excelentes profesionales y modernos equipos muy superiores a cualquier otro recinto chileno” (64).

Cuando Salvador Allende gana la presidencia en 1970 –a casi diez años de la llegada de la secta al país– una amiga de Ilse, Angelika, le comenta cómo los colonos se estaban organizando contra el gobierno socialista y “habían empezado a fabricar con mucho éxito [...] armas en uno de los talleres” (50) y que las vendían “en otros países sin ningún problema” (50). Las mandaban a escondidas en “barriles con miel” que ellas mismas procesaban y también llegaban cantidades de otro tipo de armas del extranjero. “Venían de la misma manera escondida, entre otros productos” (50) porque la influencia con los políticos les ayudaba a tener “continuamente ese pase libre en las aduanas” (50). Eran vanguardistas en cuanto a armas, ya que fabricaban las mejores “[a]rmas de fuego, pero también de las silenciosas que no dejaban rastros de haber sido usadas. Armas biológicas más modernas. Gas sarín. Mucho gas sarín y polvos que paralizaran. Líquidos venenosos. Granadas de mano. Hasta objetos inocentes ante los ojos de las víctimas, como lápices y linternas, pero que disparaban balas” (Sepúlveda 94).

Paralelamente se acrecentó la influencia política de Paul Schäfer y con su poder “había podido sacar volando de sus puestos a un par de importantes políticos –el intendente de Linares y el Gobernador de Parral–” (98). Así, intentaron evitar que Allende llegara al poder, sin embargo, el médico socialista logra ganar la presidencia. Pasados los primeros meses, los colonos se dan cuenta que este presidente no representa un problema y que incluso deja que un nazi encargado de “los camiones de la muerte

de Hitler” Walther Rauff, siguiera viviendo en el sur del país. Esto hizo cambiar de parecer a Schäfer aunque “no dejó de reunirse semanalmente con [sus] enemigos” (101). Finalmente, Pinochet le arrebató el poder a Allende y lleva a la Colonia a chilenos “rebeldes” para torturarlos y sacarles información. Los traían en la noche desde Parral en vehículos y los llevaban directamente a los búnkeres del subterráneo. En ese lugar “los mantenían atados a los catres y con los ojos vendados” (107) y si fallecían las enterraban en fosas comunes, enormes y profundas en medio del campo (107).

Ilse sabía que a quienes torturaban eran personas chilenas pues “nadie de Colonia dignidad gritaba con los tratamientos” (110). Aquí la voz narradora entrega una de las informaciones cruciales de toda la obra. Ilse relata que, hacia finales de la década de los ochenta, se deshicieron de los restos de la masacre dictatorial al “desenterrar los cuerpos” que años antes habían escondido: “cuerpos de hombres y mujeres comunistas” (134). Les costó mucho encontrarlos porque anteriormente les habían hecho “cubrir muy bien las cosas para que no quedaran rastros” (134):

De los entierros, las únicas señas que teníamos eran terrenos planos abiertos y con espacios sin pinos, ninguna otra huella. Pero los jefes no sabían exactamente donde estaban los cuerpos y nos hicieron excavar de día y de noche para poder terminar el trabajo antes que se fueran los militares y el General Pinochet del poder. Primero fueron los hombres jefes a marcar el terreno donde posiblemente estaban los restos de las víctimas con la leche en polvo que nos daba el Gobierno para que repartiéramos a los niños chilenos en el hospital. Pero como no tenían los lugares exactos, marcaron cantidad de sitios equivocados con la leche amarilla en polvo que para agravar la situación desaparecía en la noche devorada por los animales del campo. Por esa razón, las mujeres tuvimos que cavar la Tierra por semanas, recibiendo latigazos, golpes y patadas hasta dar con las fosas comunes y los cuerpos descompuestos, comidos por gusanos. Después de que sacamos las partes de los cuerpos del fondo de la Tierra, nos hicieron quemarlos para que no quedara ningún rastro de su existencia. Los hicieron arder en enormes fogatas controladas dentro de las mismas fosas para que nada se viera cerca del lugar (Sepúlveda 134-135).

Verdad o ficción, lo cierto es que las palabras de Ilse en esta memoria ficcionalizada expresan más de lo que en la realidad confesaron los responsables, nacionales y alemanes.

CONCLUSIONES

Tras este breve análisis se puede apreciar que el valor de esta obra radica tanto en su forma como en su fondo. En cuanto a su forma es interesante que la voz de Ilse sea el cruce que relaciona las dos historias anunciadas por Piglia en los buenos relatos.

Es a este personaje al que se le incrustan las voces de sus compañeras y compañeros alemanes, la de los oprimidos, violentados y hasta asesinados por Colonia Dignidad. Sobre todo, de sus compañeras, personajes que no tuvieron futuro ficcional. Pero también es evidente que a su voz se le incrustan las voces de los detenidos y las detenidas que fueron asesinados políticos y que hasta el día de hoy no han sido encontrados. Esto permite que, en términos de fondo, de temáticas, la novela de Sepúlveda sea aún más polifónica que la misma voz de Ilse. Esta obra no tiene tapujos en proponer entradas para que se reflexione sobre la experiencia de haber sido territorio de una secta que fue autor intelectual y material de violaciones, torturas, asesinatos que se ocultaron durante más de 30 años. ¿Qué pasa con quienes vivieron en Colonia Dignidad en el día de hoy?, ¿hablarán alguna vez? Algunos lo han hecho, pero no es suficiente. Al menos Ilse deja algunas pistas desde la ficción:

Nos hacían tirar semillas de pasto, sarcásticamente de chéptica alemana para esconder la verdad y para que la mentira cubriera el terreno más rápido. Yo siempre llevaba semillas de flores silvestres escondidas en mis bolsillos y las lanzaba con las otras sin que nadie se diera cuenta. Quería que, de esas cenizas humanas de inocentes torturados, igual que las víctimas de la colonia, algún día salieran flores que pintaran esos campos de una nueva esperanza (Sepúlveda 134-135).

Quizás si se busca bajo las flores que la memoria-cámara de Ilse capturó, se pueda encontrar algo más, como las voces contenidas en su propia voz. Lo cierto es que el trauma individual y colectivo solo será superado en cuanto se trabaje con él y Emma Sepúlveda aporta en la recuperación de memorias que, aún sometidas al olvido, eligieron recordar para dar su testimonio y así cerciorarse de que hechos perversos como los que se desarrollaron en Colonia Dignidad no sucedan nunca más en la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Franken, María Angélica. Reseña *Cuando mi cuerpo dejó de ser tu casa* (2022). *Taller de Letras* 72 (2023): 368-372.
- Piglia, Ricardo. “Tesis sobre el cuento”. *Formas breves*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Sarlo, Beatriz. “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa”, en Sarlo, B.; Schwarz, R. y Kraniauskas, J. (eds.), *Culturas híbridas-No simultaneidad Modernidad periférica. Mapas culturales para la América Latina*. Berlin: Wiss Verlag, 2000: 231-240.
- Sepúlveda, Emma. *Cuando mi cuerpo dejó de ser tu casa*. Santiago: Catalonia, 2022.